

DEFENSA DE VERACRUZ

Mientras que en el Norte se sacrificaba inútilmente el ejército mexicano en una desastrosa campaña, cuando más necesaria era la unión absoluta de todos los hijos del país para defender la patria, amenazada de muerte y ya sangrando sus numerosas heridas, en la capital de la República, cerebro y corazón de aquélla, estallan las pasiones políticas más desenfrenadas, en un caos de odios atroces que hacían dividir la sociedad en grupos que se desgarraban unos á otros.

¡Cuando el enemigo de todos los mexicanos, aprovechando el debilitamiento de la nación por las guerras civiles que destrozaban sus entrañas y empobrecían su sangre, cuando el Invasor avanzaba, ya victorioso, á dar el golpe de remate, algunos mexicanos en vez de olvidar, siquiera un instante, sus discordias, para salir al encuentro del extranjero enemigo, se herían entre sí, haciendo encenderse una revolución inicua y vergonzosa!

El Clero, eterno enemigo de las instituciones democráticas y de la misma independencia de México, atizaba los rencores y excitaba la contienda civil, y en vez

de aprovechar la triste influencia que tiene en lo íntimo de la familia, para que la juventud empuñase las armas contra el adversario común, deslizaba semillas de encono, dejando caer un velo ante los ojos del patriotismo nacional, para que no se viera en el horizonte el brillo siniestro que como un relámpago de tempestad lanzaba el sable del Norte.

Teniendo que concretarnos á la parte puramente militar de aquella sombría etapa de la vida de nuestra patria, sólo apuntamos vagamente esta nota política, para que se comprendan las causas de tantos desastres y se tenga una idea del desarrollo de los principales acontecimientos.

Tres partidos políticos se disputaban en México la preponderancia de sus ideales, encarnados en ciertos personajes, que los representaban. Eran estos partidos: el republicano radical, el moderado y el reaccionario clerical, siendo el segundo de ellos el término medio entre los otros dos.

El partido exaltado estaba en el Poder, pues era Presidente de la República (Santa Ana se hallaba al frente del Ejército) Don Valentín Gómez Farías, quien ordenó el envío á Veracruz de los cuerpos de Guardia nacional del Distrito, formados por artesanos, empleados particulares y jóvenes de la clase acomodada de la sociedad, gente toda manejada por el Clero, y por ende, contraria á la Administración.

El cuerpo de Guardia Nacional « Independencia, » debía partir el primero, siguiéndole después los de « Bravos » « Victoria », « Mina » é « Hidalgo », pero instigados por el Clero, los milicianos resolvieron desobedecer la orden y pronunciarse contra el Gobierno, ocupando al efecto una extensa línea desde San Cosme

hasta la Profesa, en número de 3,250, sin artillería, á las órdenes del general Peña y Barragán.

El gobierno por su parte, contaba con 3,300 hombres y veintidós piezas de artillería, extendidos en la Sección Oriente de la Capital.

¡Causa vergüenza y cólera relatar estos hechos! Por espacio de muchos días se halló ocupada la ciudad de México por tropas de las que una mitad hostilizaba á la otra, tiroteándose inútilmente desde lo alto de las torres y las esquinas de las calles, dando un *magnífico* espectáculo á la población.

¡ Ah! y todas aquellas tropas eran mexicanas, y cuando más necesaria era su actividad en los campos de batalla, se entretenían en foguearse, sin resultado práctico alguno, desperdiciando tiempo, dinero y parque!

La presencia de Santa Ana en México que llegó el 20 de Marzo, procedente de San Luis Potosí, donde había dejado rehaciéndose al ejército del Norte, hizo cesar las hostilidades, ocupando de nuevo la presidencia de la República.

En tanto que en México se verificaban tan vergonzosas escenas, una lúgubre Epopeya de incendio, muerte, destrucción, bravura, heroísmo y catástrofe, se desarrollaba en Veracruz, rimada por el rumor trágico de las olas del Golfo....

En efecto, en aquellos tristes días de Marzo de 1847, la escuadra norteamericana que escoltaba el ejército de Scott, bombardeaba el puerto de Veracruz.

En vista del nuevo plan de operaciones de campaña contra México, apoyado por el Gobierno de los Estados Unidos, debiendo emprender éstas sobre nuestra costa

oriental, apoderándose de aquel punto, el general Winfield Scott desde principios de Enero había empezado sus preparativos para la nueva campaña.

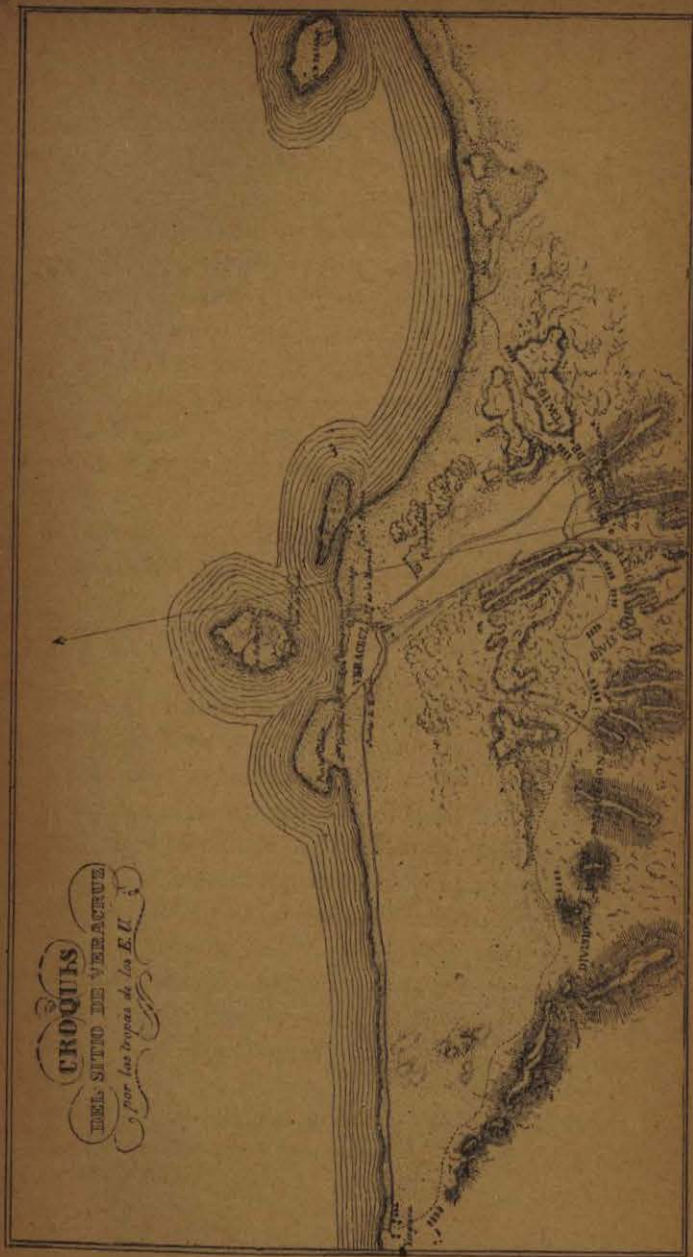
Además de un gran tren de sitio de bomberos de á 24 y de obuses de 8 pulgadas, había pedido de 40 á 50 morteros, de 80 á 100,000 bombas y 144 lanchas ó botes de desembarque. El punto general de reunión fué la isla de Lobos, á unas 60 millas al Sur de Tampico, y llegó á ella Scott el 21 de Febrero. El 25 salió Worth de Brazos de Santiago, donde sólo quedaban por embarcar dos cuerpos. Las divisiones de Twiggs y Patterson se embarcaron en Tampico el 28.

Scott organizó en la isla de Lobos su ejército con una división de Regulares, formada por las brigadas de Worth y de Twiggs; y con una división de Voluntarios, al mando de Patterson, con las tres brigadas de Pillow, Quittman y Schields.

La 1ª brigada de Regulares se componía de la batería de Duncan, los regimientos 2º y 3º de Artillería, 4º, 5º, 6º y 8º de Infantería, y dos compañías de voluntarios, agregadas. La 2ª brigada se componía de la batería de Taylor, los regimientos 1º y 4º de Artillería, 1º, 2º, 3º, y 7º. de Infantería, y el de Rifleros á caballo.

De las brigadas de Voluntarios, la de Pillow constaba de la batería de Steptoe y los regimientos 1º y 2º del Tennessee y 1º y 2º de Pensylvania; la de Quittman de los regimientos de Carolina del Sur, Georgia y Alabama; y la de Shields de un regimiento de Nueva York y dos de Illinois.

Había, además, la Caballería, compuesta de destacamentos del 1º y 2º de Dragones, y un regimiento del Tennessee.



La fuerza numérica total excedía de 12,000 hombres con poderosísima artillería y numerosos trenes y material de sitio y plaza.

El enemigo empezó á practicar sus reconocimientos á principios de Marzo, efectuando sus primeras operaciones de desembarque sobre nuestras playas cerca de Collado, protegido por tres vapores y cinco goletas, sin que la plaza de Veracruz pudiese impedir, ni siquiera dificultar, hostilizar, ni entorpecer aquello, careciendo totalmente de tropas ligeras, pues apenas se contaba, á extramuros, de muy escasa caballería de guardia nacional, que era batida y hecha retirar en cuanto intentaba algún movimiento en contra del Invasor.

Éste fué desembarcando lentamente su ejército y su material de guerra, y sobre todo su artillería de sitio y su inmensa cantidad de municiones, no sin muy serias dificultades, pues el temporal, unido á la reducida tropa de caballería mexicana, que en guerrillas dispersas solía presentarse, inquietándolo, le hizo retardar mucho sus preliminares operaciones de asedio.

El general Scott, llamó « campo de Washington » al sitio en que hubo de establecer su campamento y su cuartel general á la vista de Veracruz. Dividió por fin su ejército, después de haber acampado, en esta forma: gran escolta de dragones con 325 hombres, primera división ó tropas regulares, integrada por las brigadas de Worth con una batería de artillería ligera de Duncan, otra batería de obuses de montaña, 2º y 3º regimientos de artillería; 4º, 5º, 6º y 8º de infantería, más las dos compañías de voluntarios de Luisiana y Kentuky que formaban un total de 3,364 hombres; más la brigada Twiggs con otra batería, los Rifleros á

caballo y cuatro regimientos de infantería y dos de artillería con un total de 2700 hombres. La división de Petterson (de voluntarios) compuesta de diez regimientos con los nombres de diversos Estados del Norte, constaba de 7,000 hombres. Tal era el efectivo de las tropas americanas cuando su general les pasó revista en las costas del Golfo.

Scott tenía el plan de asaltar primero á la ciudad fuertemente, para apoderarse de ella, después de un bombardeo, ú obligarla á capitular; en seguida atacaría Ulúa, desde tierra en combinación sus baterías con los fuegos que hiciera la escuadra, para lo cual convino con el Comodoro Perry en que sus barcos más pequeños cooperarian al bombardeo, primero de la plaza, y luego del Castillo.

Mientras el ejército enemigo levantaba sus trincheras y baterías, cavando caminos cubiertos, construyendo espaldones y trincheras, practicando paralelas y toda serie de obras de aproximación ofensiva en torno de la plaza, fuera de ella, á retaguardia del adversario, continuaron durante algunos días la hostilidades, las fuerzas mexicanas llamadas de la « Orilla », en unión de los escuadrones activos de Cuernavaca, Jalapa, Orizaba y Veracruz. Pero, en verdad muy pocas ventajas obtuvieron, por encontrarse faltas de todo apoyo y completamente imposibilitadas para efectuar un ataque serio contra un enemigo tan poderoso y tan bien fortificado.

Dirijamos ahora una mirada hacia el interior de la plaza, preparándonos á contemplar el triste cuadro que nos debe sugerir tanta amenaza y tanta fuerza enemiga, cercado en formidable anillo su recinto, desmantelado casi y desguarnecido, abandonado á sus

propios recursos después de un largo bloqueo que la dejara en plena miseria.

Cualquiera creería que Veracruz, en tan tristes circunstancias, se encontraría incapaz, no sólo de resistir, sino de aparentar siquiera un esfuerzo digno de sus viejas glorias...

Mas no; muy al contrario, sus habitantes noblemente indignados contra aquella injusta agresión, palpitando el entusiasmo latino que aviva en su caliente sangre el espectáculo de su Golfo amado, se deciden á morir por la patria, levantando muy alto su bandera, antes de que se cumpliesen los fatales destinos!

Y así fué. Todos los veracruzanos, desde el más humilde *cargador* del puerto, hasta el opulento comerciante; desde el ínfimo pescador ó el albañil, hasta el hijo de familia notable... ¡qué! aun los mismos presidiarios fraternizaron y se unieron ante el peligro común, ante la amenaza del Invasor que pretendía apoderarse tranquilamente de aquel hermoso jirón de patria que, desgraciado y batido por todos los huracanes, era para ellos tan adorado y hermoso!

Todas las clases sociales aprontaron sus elementos para cooperar con la escasa guarnición y la Guardia Nacional y otras fuerzas venidas de diferentes puntos del Estado, á la defensa de la plaza cuyo Comandante militar, general Morales, había decidido sostenerla á todo trance, apoyada por la fortaleza de San Juan de Ulúa, donde mandaba el general Durán.

El Ayuntamiento á cuyo frente estaba Manuel Gutiérrez Zamora, hizo portentos de heroísmo, ayudando prodigiosamente á la guarnición que hubiera carecido de toda clase de alimentos y provisiones, si no es por la decidida protección de la pléyade de heroicos ciuda-

danos que eran dignos representantes de aquella noble sociedad costeña.

La guarnición de la plaza constaba de 3,300 hombres y la de Ulúa de mil y tantos, teniendo ambas sus fortificaciones en el mayor estado de abandono, y aunque se emplearon faginas para reponerlas y aun apoyarlas, extendiéndolas según las que el enemigo ejecutaba en las noches, nunca pudieron llevarse á cabo ni los más necesarios trabajos de reparación.

Para lograr la instalación de Hospital de Sangre, fué preciso iniciar una serie de subscripciones particulares, al mismo tiempo que notables damas y bellas señoritas se entregaban asiduamente á la incesante labor de preparar hilas para los heridos; cortar vendas en lienzos que ellas suministraban, mientras heroicas familias fabricaban saquillos para la pólvora de los cañones.

Hubo también familias y comerciantes veracruzanos que aprontaron toda clase de recursos para la magna resistencia; y ante las posiciones enemigas que iban cercando la ciudad, aproximábanse de vez en cuando audaces jóvenes, jinetes en ligeros caballos, yendo á lazar reses cerca de los Médanos, con el objeto de introducir las al recinto de la población.

Ésta quedó rodeada por tres líneas de fortificaciones, en cuyos baluartes y trincheras se repartieron económicamente nuestras fuerzas, contando los puntos principales con lo mejor de la artillería, la que constaba en Veracruz de 89 piezas y en Ulúa de 135. Mas, hay que advertir que sus cureñas eran viejas, defectuosas, muchas de ellas inservibles, y sobre todo, que escaseaban proyectiles y pólvora. De ésta no había en la plaza y en Ulúa sino para seis horas de fuego, y

sólo gracias al arribo de una embarcación francesa con dos mil quintales de pólvora (burlando el bloqueo de la escuadra americana) se logró obtener la suficiente para abastecer nuestra artillería.

Respecto de víveres, inútil es decir que no existían en la plaza, habiéndose agotado desde un principio las reses, teniendo el Ayuntamiento que hacer requisición de granos para dar rancho á la Guardia Nacional, donde se alistó la flor y nata de la sociedad veracruzana.

En vano el Gobernador Morales pedía auxilios urgentes á la capital de la República; pero en ésta sólo ardía la envenenada discordia civil: no se pensaba en la patria!

¡Con cuánta razón escribía aquel digno ciudadano el 5 de Marzo al Ministerio de la Guerra:

« Un puñado de valientes, descalzos, mal vestidos, pero sin más afecciones que las que inspira el verdadero patriotismo, son todos mis recursos: los elementos que pudieran cooperar á un absoluto triunfo se me han escaseado, mientras más afanosamente los he pedido: y entretanto en esa Capital la discordia civil hace derramar la sangre de los que podrían verterla honoríficamente en defensa de la patria. *¡Veracruz ha quedado reducida á sus propias fuerzas, como si realmente no perteneciera á la Unión nacional!* »

El gobierno general contestó categóricamente « que no podía auxiliar á Veracruz, ni con un hombre ni con un peso. » Así, pues, la heroica ciudad quedó abandonada á sí misma, cercada por un enemigo poderosísimo que, tarde ó temprano, por hambre ó por fuego, la haría sucumbir. Bien lo comprendían así sus defensores; pero juraron defenderse con honra hasta el último extremo, como exige la Ordenanza.

Desde el 9 de Marzo en que principió el desembarco de las tropas americanas, empezaron los combates de la sección llamada de « Extramuros » que principió á hostilizar con sus guerrillas, en tanto que las trincheras de Veracruz y los cañones de Ulúa rompían su fuego sobre las tropas americanas que en sus reconocimientos se acercaban á tiro de cañón.

Los días 10, 11, 12, y 13, trascurrieron entre combates y escaramuzas de escasa importancia, y en los siguientes hasta el día 22, el enemigo se ocupó en sus obras de contravalación disponiendo sus plataformas y trincheras para principiar el bombardeo de la ciudad. En la tarde de ese día, el general Scott envió un parlamentario al Comandante Militar, intimando rendición á la plaza. Naturalmente el general Morales contestó enérgica y categóricamente, negándose á rendirse.





General Scott,
Jefe de las operaciones del Ejército norteamericano en el Oriente
de la República.

XI

BOMBARDEO Y CAPITULACIÓN DE VERACRUZ

Los habitantes de la Heroica Veracruz, adivinando los estragos de las baterías norteamericanas, se decidieron con entereza y energía á soportarlos, con tal de que hubiese honor en la defensa!...

Á las cuatro de la tarde se inció el terrible bombardeo, empezando á estallar las granadas dentro de la ciudad. Una de las primeras cayó en la plaza principal, y otra en el Correo.

Los fuegos se dirigen especialmente hacia el convento de San Agustín que es el depósito de pólvora de la plaza, sobre los cuarteles, hospitales de sangre y caridad, las panaderías, á las que delataban sus chimeneas, y aun sobre edificios particulares.

Contestan al fuego del enemigo Ulúa y los baluartes de Santiago, San José, San Fernando y Santa Bárbara, que miran hacia las baterías americanas. Por su parte la escuadra enemiga, desde el día siguiente empieza á disparar sobre la plaza, acercándose á Collado; pero

el baluarte de Santiago responde enérgicamente y logra desalojar sus buques, uno de los cuales sufre considerablemente, quedando fuera de servicio.

Innumerables son las escenas de horror que se desarrollan por todas partes en la ciudad: los incendios se multiplican y el enemigo con más empeño redobla su fuego á medida que es más y más devastador. Las mujeres y niños se refugian en las iglesias, pero sobre ellas también llueven las granadas y bombas. En el convento de Santo Domingo, donde está situado el Hospital de Sangre, estalla una que atraviesa la bóveda, matando é hiriendo á muchos infelices allí aglomerados.

Durante todo el día 23, las baterías enemigas no descansan un instante, manteniendo de cuatro á seis bombas en el aire. Habiéndose incendiado el convento de Santo Domingo, se traslada el hospital de sangre al de San Francisco; pero apenas se ha instalado en éste, cuando el Invasor lo empieza á abrumar con sus fuegos.

Con sencilla elocuencia y completa fidelidad, describe así la jornada del día siguiente, una relación contemporánea:

« El día 24 rompe el fuego la batería establecida en una altura distante de 600 á 700 varas, al Sur del baluarte de Santa Bárbara: esta altura forma una cresta paralela á la muralla de la plaza, elevada 15 varas sobre su nivel. La batería se compone de cuatro *bomberos* « de á 68 » y cuatro « de á 36 », sacados del vapor Mississippi. Seis piezas están asestadas contra el baluarte de Santa Gertrudis. El fuego ha comenzado á dismantelar á Santa Bárbara y ha abierto brecha en la muralla unida á la semigola

derecha del mismo baluarte; las granadas y balas en sus rebotes perforan los edificios, arruinando la manzana; pero los ingenieros acuden á cubrir la brecha con *barengas* de zapote y *sacos á tierra*, y la artillería se retira á retaguardia de la plaza del baluarte, que amenaza desplomarse.

Este punto está á las órdenes del primer teniente de Marina Sebastián Holzinger, quien logra muchas veces apagar los fuegos del enemigo. Caía entonces una lluvia de granadas y de balas, que esparcían la muerte y la desesperación. En medio de esta lluvia los proyectiles americanos habían arrancado varias veces nuestra bandera nacional. Holzinger la clava en el asta, ayudado por un joven de diez y seis años, subteniente de la Guardia de Orizaba, despreciando los dos una muerte casi cierta. En estos momentos en que daban un bello y tierno ejemplo de valor y de entusiasmo, una bala arranca el merlón, y Holzinger y el joven Guardia ruedan entre una nube de polvo, de humo y de balas....

Los fuegos de Santa Bárbara han hecho desplomar un lienzo de la batería enemiga, y algunos de los suyos pagaron con su sangre un tributo á la justicia de nuestra causa! Por nuestra parte también las pérdidas aumentan: el primer ayudante Don Félix Valdés, mayor de órdenes de la primera línea, al tomar la orden, ha sido muerto por un casco de bomba, y algunos soldados del escuadrón de Veracruz han sufrido la misma suerte. — El enemigo y la plaza se dirigen cohetes á la Congreve.

Á las once de la mañana de este día tres columnas enemigas con sus banderas se mueven con dirección al *Matadero*. Han suspendido el fuego: la plaza toca

alarma : ha llegado la hora del asalto : nuevos guerreros se presentan buscando la muerte ó el triunfo : el entusiasmo crece : la línea se cubre de defensores : el trémulo anciano quiere también su parte en el peligro y en la gloria de los valientes ; la juventud se enardece y, gozosa y alegre, se dispone á morir. ¡ Bellos momentos del más puro entusiasmo!.... Pero el destino ha sido cruel para nosotros : la muerte debía ensañarse en los bravos de Veracruz, sin que tuviesen defensa ni venganza. Las columnas enemigas se ocultan en los médanos, y sus fuegos vuelven á comenzar. En la noche trabajan los contrarios en nuevas baterías desde el Cementerio para los Hornos.

Llegó entonces por la mar, vía de la Antigua, el ciudadano José María Mata, con libranzas que remitía el gobernador del Estado, que desde las orillas de la playa buscaba el modo de auxiliarla.

En la noche el fuego continúa sin descanso, y el número de desgraciados crece por momentos. Una bomba cae en el laboratorio de pólvora que hay en el baluarte de Santiago, en donde trabajaban varios artilleros : el edificio vuela, por el incendio de tres quintales de pólvora, y más de veinte bombas, que estaban cargadas, hacen explosión, despedazando á los trabajadores, de entre los cuales sólo escapa un sargento. Diez y nueve personas mueren en el Hospicio con la explosión de otra bomba, y en el hospital de mujeres otras diecisiete perecen por la misma causa ».

El día 25 el enemigo puso en batería más cañones, obuses y morteros, activando el bombardeo de la plaza, haciendo cerca de 200 disparos por hora, en tanto que dos vapores y siete cañoneras acoderados tras de los Hornos, disparaban también con terrible efecto

hasta que los fuegos de Ulúa hicieron retirarse á la escuadra.

La ciudad presentaba un aspecto desolador ; la destrucción, el incendio y la muerte reinaban por todas partes ; llovían las bombas sobre las plazuelas de la Caleta y la Pastora ; sobre los baluartes de San Juan y Sta Bárbara, sobre los cuarteles cuyas bóvedas y paredes se desplomaban con estruendo. Morían heroicamente los soldados tras de sus trincheras, en el muelle y hasta en Ulúa. Los rasgos de valor se multiplicaban ; las escenas de más admirable grandeza y heroísmo se sucedían ante las llamas y los escombros, los hundimientos y las explosiones.

El hambre ponía también su tinta lúgubre en el horror de aquel cuadro, y mujeres, ancianos y niños, vagaban aterrados en busca de un asilo y de un pan, pues no era suficiente para alcanzar á todos el rancho que el ayuntamiento daba á la guarnición, para compartirlo con el vecindario pobre. Hubo soldados que dividieron su escasa pitanza con infelices familias, cuyos hogares habían derrumbado las bombas enemigas.

Hasta el campo del general Scott llegaba el doloroso gemido que lanzaba la población inerme, confundíndose con el grito de brava cólera de la viril guarnición, defendiéndose heroicamente hasta la muerte, á la sombra de sus banderas ! Y bien debió comprender el jefe americano los destrozos y las ruinas de la ciudad batida, porque para ese día esperaba su rendición. Ya desde el 24, había recibido una nota de los cónsules inglés, francés, español y prusiano, solicitando una tregua para que pudiesen salir de la plaza los neutrales en unión de mujeres y niños ; pero á ello contestó

primero, que la tregua sólo podía ser otorgada á solicitud del gobernador Morales y con el objeto de que se rindan; segundo, que al enviar sus resguardos á los cónsules desde el día 13, les advirtió los peligros á que iban á quedar expuestos los moradores de la ciudad; tercero, que aunque en aquella fecha había rehusado permitir que persona alguna saliera por su línea de ataque, el bloqueo había sido rebajado para los cónsules y demás neutrales á fin de que pudieran trasladarse á los buques de guerra de sus naciones respectivas, hasta el día 22; y cuarto, que en su intimación al gobernador, de cuyo documento les incluyó copia, había previsto las desgracias y calamidades de la ciudad, inclusive lo relativo á mujeres y niños, antes de disparar sobre ella un solo cañonazo.

El día 26, después de una noche tormentosa en que el enemigo cesó sus fuegos, fué tan angustioso para la ciudad como el día anterior, y lo peor fué que el parque empezó á agotarse y hubo que pedirle á Ulúa, donde también escaseaba; infinidad de cureñas estaban rotas, ni había modo de reponerse, inutilizando los cañones, de suerte que la plaza no contesta á la lluvia de proyectiles que le envía su potente adversario, sino con un fuego débil que contrasta desconsoladoramente, con el fragoroso coro de truenos de las baterías americanas.

En la tarde, los cónsules extranjeros teniendo por segura la total destrucción de Veracruz, en cuyos escombros no quieren sepultarse, ya que la guarnición mexicana se obstina en resistir aún, solicitan permiso para salir á pedir protección á los buques de guerra de sus naciones. Acordado este permiso por el jefe de la guarnición, tocóse « alto el fuego »; nuestros cañones

callaron, y bajo bandera francesa salió rumbo al mar la comisión de los cónsules. Entonces callaron también las baterías de aquéllas, y de súbito un silencio hondamente trágico oprimió con angustia la ciudad.

El general Scott envió, momentos después, su respuesta á la nota de los cónsules en los términos que ya apuntamos, lo que aumentó la tristeza de la situación, produciendo en los ánimos amargura, vergüenza y cólera, según el temple de cada quien.

El Jefe de la plaza consulta con los comandantes de los cuerpos, acerca del proyecto de romper la línea enemiga á bayoneta calada, para abrir paso á la guarnición de Veracruz y á las tropas que defendían Ulúa. Todos estaban dispuestos á intentar la temeraria empresa, aunque sabían que iban á una muerte segura, pues las poderosas baterías del enemigo y su sólida caballería, tendrían que hacer feroz carnicería en nuestros hambrientos y fatigados batallones, antes de que pudieran traspasar las columnas americanas. Pero se desató un furioso Norte, y fué imposible que desembarcaran en la plaza las fuerzas de Ulúa. No obstante, la guardia de Orizaba, el Cuerpo de Granaderos de Oaxaca y otros jefes y oficiales de Veracruz, optaron por intentar á todo riesgo una salida para escapar á la vergüenza de caer prisioneros en poder del Invasor, al que anhelaban seguir batiendo en los campos con mejor éxito; pero el Comandante general impide esta locura con toda energía, declarando que unidos los veracruzanos deben correr la misma suerte!

Á media noche, se reunió una Junta de Guerra con el objeto de resolver las medidas más conducentes á salvar los horrores que amagaban en mayor escala aún á la ciudad y á las tropas.

Y se volvió á hablar, en la desesperación y la cólera en que estallaba el patriotismo de la bravura veracruzana, del loco, pero gloriosísimo intento de romper la línea enemiga para salvar el Honor Nacional. Prevaleció la razón, y hubieron de decidirse los jefes por celebrar con el enemigo un tratado digno en que, á salvo de todo menoscabo, las tropas mexicanas pudiesen entregar la plaza de Veracruz.

El Comandante militar, Morales, renunció á su cargo, quedando en su lugar el general José Juan Landero, trasladándose aquél á la fortaleza de Ulúa, en la misma noche.

El bombardeo continúa suspenso, y — fenómeno singular, — el gran silencio que se abate sobre las playas, el mar, los campos, los médanos, el islote de Ulúa y la sombría Veracruz, es más pavoroso, está más preñado de horrores y amenazas que el fragoroso estruendo que produjeran, hora tras hora, durante los días anteriores, las bombas, granadas, cohetes y bala rasa de los cañones norteamericanos!...

¡Noche de silencio lúgubre fué en verdad aquella que precedió á la madrugada del 27 de Marzo! Hasta entonces había ya cerca de 1 500 hombres muertos ó heridos en la plaza, habiéndose perdido más de cinco millones de pesos, sólo por el incendio y la destrucción de las propiedades particulares, á causa de los 7 000 proyectiles que nos enviaran las baterías enemigas.

Habían continuado los preliminares de la capitulación y en la misma madrugada del día 27 salieron de la plaza los cónsules de Inglaterra, Francia, España, Prusia y el Alcalde del nuevo Ayuntamiento, á solicitar por última vez el permiso del sitiador para que

pudieran retirarse de la ciudad los neutrales, los ancianos, las mujeres y los niños, todo el vecindario inerme y miserable; pero inútil fué la suprema tentativa honrosa de los cónsules, pues tuvieron que regresar con la triste noticia de que el general Scott ni siquiera les otorgó audiencia, mandándoles comunicar por conducto de uno de sus ayudantes que no permitiría la salida de ser alguno de la ciudad, y que, por inermes y neutrales que fuesen los que saliendo de aquella aparecieran ante sus líneas, habrían de ser barridos hacia la plaza á cañonazos, advirtiéndoles que si ésta no se rendía á las seis de la mañana del mismo día 27, el bombardeo romperíase de nuevo con más vigor que antes.

Las pláticas que los comisionados mexicanos sostuvieron con los del ejército beligerante desde el día anterior, no habían dado aún resultado alguno, y en aquella triste madrugada la población parecía dispuesta al más desesperado arranque, con tal de dar un fin cualquiera á sus miserias.

Mas no hubo más recurso que aceptar por fin el tratado de capitulación, que entregaba la ciudad al enemigo..... ¡Oh! no podía ser de otro modo, y la guarnición veracruzana había cumplido con su deber, poderosamente alentada por el ánimo de patriotismo de todo el puerto!.... Ya no había parque sino para unas cuantas horas de fuego; faltaban víveres; los baluartes estaban desmantelados; escombros eran manzanas enteras; no había hospitales ni asilos seguros; había amplias brechas abiertas en las obras de fortificación; encontrábanse rotas las cureñas de nuestros mejores cañones..... Y aun así ¡resistir! ¿á qué la triste gloria de sepultar en escombros un montón de niños y pobres mujeres?

La capitulación se imponía... Héla aquí :

1° Toda la guarnición ó guarniciones se rendirán al ejército de los Estados Unidos en calidad de prisioneros de guerra, el 29 del corriente á las diez de la mañana : se les concederá salir con los honores de la guerra, y entregarán las armas á los oficiales que designe el general en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos y en el lugar que los comisionados señalen.

2° Los oficiales mexicanos conservarán sus armas y equipajes, inclusive caballos y útiles de montar : y se les concederán, así á los del ejército como á los voluntarios, y también á la tropa, cinco días para retirarse á sus casas, bajo palabra de lo que adelante se expresa.

3° Al mismo tiempo de la entrega de las armas estipulada en el artículo 1° se arriarán las banderas mexicanas de los baluartes y demás puntos al saludo de sus baterías respectivas; é inmediatamente después, los baluartes de Santiago y Concepción y el Castillo de Ulúa serán ocupados por las fuerzas de los Estados Unidos.

4° El destino de los prisioneros veteranos después de la entrega de armas y de empeñada la palabra, queda al arbitrio de su general en jefe, y á los voluntarios se les permitirá volverse á sus casas; dando los oficiales de todas armas y de toda clase de fuerzas la palabra acostumbrada de que ni la tropa ni ellos mismos volverán al servicio, mientras no sean debidamente canjeados.

5° Todo el material de guerra y todo género de propiedades públicas en la ciudad, castillo de Ulúa y dependencias pertenecen al gobierno de los Estados Unidos; pero el armamento que no se destruya ó demerite en la prosecución de la actual guerra, puede ser

devuelto á México al celebrarse un tratado de paz definitivo.

6° Se permitirá á los enfermos y heridos mexicanos permanecer en la ciudad con los médicos militares y asistentes necesarios.

7° Se garantiza protección absoluta á las personas y propiedades en la ciudad : y claramente se sobreentiende que ningún edificio ni propiedad particular puede ser tomado ni usado por las fuerzas de los Estados Unidos sin previo arreglo con el propietario, y por su justo precio.

8° Se garantiza solemnemente libertad absoluta respecto del culto y ceremonias religiosas.

Después de esta Capitulación, tomado Veracruz, Scott asentaba vigorosamente el pie en la gran puerta de la República, ante el vestibulo triunfal de México...

¡Aun podía contenerse á sus victoriosas legiones á través de las montañas, hostilizándolas en larga guerra defensivo-ofensiva, de pequeños y múltiples golpes!....



PRELIMINARES DE CERRO GORDO

La capitulación de Veracruz se supo en México el 30 de Marzo, produciendo una crisis de desesperación y cólera en el ánimo del general Santa Ana que había tomado el mando político de la República después de su llegada de San Luis Potosí. Y hasta entonces en la sociedad de México principió á experimentarse el sentimiento amargo y desconsolador de la funesta realidad. ¡ El enemigo estaba á las puertas de la orgullosa Capital!

Cierto que las nuevas de los primeros desastres habían producido en ella un gran estupor, convenciéndola de que el invasor del Norte, antes tan despreciado por la supuesta insignificancia de su ejército, era demasiado potente y resuelto, unido y sólido; mas aun después de las últimas derrotas que trajeron tan amargos desengaños, flotaba en el espíritu público la creencia de que el americano jamás podría llegar á internarse vencedor hasta el corazón del país.

Pero Veracruz había caído; su plaza había capitulado y el enemigo triunfante se preparaba gravemente,

tomando todas las precauciones estratégicas y administrativas que dictaba á su engreído y orgulloso ejército la pericia y energía del general Scott, á invadir el territorio nacional.

Fuerza es indicar que cuando más necesario era el estímulo para nuestras tropas, cuando más preciso era que el jefe de la Nación y del ejército encomiara dignamente el patriotismo de la heroica resistencia de Veracruz, poniendo como épico ejemplo el valor de sus defensores, lejos de ello, les inculpó la capitulación como un acto vergonzoso, insultando á los que la firmaron.

Numerosas peripecias desagradables y fatales ocasionó la conducta de Santa Ana, desanimando al ejército y enconando aún más los partidos políticos.

Los errores y la falta de dirección del Jefe supremo prosiguieron precisamente en vísperas de un nuevo choque!

Nuestro General en jefe debió haber levantado la moral del Ejército mexicano, á todo trance, en vez de inculparle públicamente, cuando como en Monterrey, y en especial en Veracruz, había vertido en abundancia su sangre, batiéndose en lid desigual, sin mengua del honor de sus banderas!

¡Qué contraste ofrece esta conducta antipatriótica y antipolítica, contraria también á los preceptos militares, con la amplia declaración del mismo general Scott, quien afirma, refiriéndose á la actitud de nuestras tropas ante los estragos del bombardeo, la convicción del valor del ejército mexicano, en estas frases recogidas ya por la Historia:

« Somos testigos, y como parte afectada no se nos tachará de parciales, cuando hemos lamentado con

admiración que el heroico comportamiento de la guarnición de Veracruz en la valiente defensa que hizo, fué infamado por el general que acaba de ser derrotado y puesto en vergonzosa fuga por un número muy inferior al de las fuerzas que mandaba en Buena Vista; *que este general premió á los pronunciados en México, siendo promovedores de la guerra civil, y ultrajó á los que singularmente acababan de distinguirse, resistiendo más allá de lo que podía esperarse, con una decisión admirable!* »

Las primeras disposiciones militares de Santa Ana después de la ocupación de aquel puerto, habiendo vuelto la tranquilidad pública en México, tendieron á enviar tropas por el camino de Veracruz, y al efecto, partieron algunas, á las que siguieron los restos del maltrecho ejército que había combatido en la Angostura, y que regresó de San Luis, tras penosísimas jornadas.

El punto de defensa juzgado más á propósito para contener el avance de las columnas americanas, fué en concepto del general presidente, Cerro Gordo, paraje célebre en nuestra historia de la Independencia, por haberse hecho fuertes allí, con éxito, los bravos *insurgentes* mexicanos.

Cerro Gordo ó del « Telégrafo », está situado á siete leguas de Jalapa, al borde de una de las mesas de la Sierra, formando un escalón que asciende de las tierras bajas de la Costa, teniendo á su base Plan del Río, y elevándose hacia el Poniente el terreno, entre lomeríos que, á uno y otro lado del camino nacional, forman una cañada. Á la derecha de los cerros que por este mismo flanco dominan el camino, corre enca-

jonado profundamente, por vertientes á pico, inaccesibles, el río del Plan, en tanto que hacia el otro flanco del camino, al pie del cerro del Telégrafo, se levanta otra altura, llamada de la Atalaya. Hállanse á la izquierda de ambos otros barrancos poblados de bosques y enmarañados breñales, en regiones ásperas y duras, aun cuando de relativamente posible acceso.

Desde un principio, el general Santa Ana hizo que el teniente coronel de ingenieros Manuel Robles, quien se había distinguido por su pericia y valor en la defensa de Veracruz, reconociera el punto, lo que después de efectuado, manifestó que la posición podía ser útil para hostilizar rudamente á las columnas invasoras en su tránsito rumbo á Jalapa, pero impropia para librar batalla formal, en que entrase en acción todo nuestro ejército.

Esta opinión, dice un historiador, con mucha justicia, se fundaba principalmente en estas razones: que el camino podría ser cortado por el adversario á retaguardia de la posición, y en que el mejor resultado que debía esperarse, si atacaba por el frente, era rechazarlo, sin poder evitar, que retirándose, se rehiciese en las alturas de Palo Gacho; la falta de agua por lo quebrado del suelo entre el río y la carretera; la suma extensión de la posición y la consiguiente dificultad de auxiliar con la necesaria presteza los puntos atacados; la imposibilidad de que maniobrara la caballería, en cuya arma éramos numéricamente superiores al Invasor; el poco efecto de nuestros fuegos por lo accidentado y boscoso de los terrenos circundantes que facilitaban la carga de las columnas de Scott, á muy corta distancia de nuestras posiciones; la probabilidad de que el frente de batalla fuera flan-

CROQUIS

DE LA

POSICION DEL CAMPO DE CERRO GORDO

para la inteligencia de la Posición del Sr. Robles, en 1848



Tropas Mexicanas:

Infantería en columna

Caballería en columna

Artillería en columna

Carretera

Tropas Americanas:

Infantería en columna

Caballería en columna

Artillería en columna

Carretera

queado y envuelto; y, por último, en el caso de derrota, la imposibilidad de salvar la artillería y de efectuar una retirada en orden. Opinaba Robles que se fortificara ligeramente á Cerro Gordo, á fin de quebrantar allí un tanto á la fuerza contraria con hostilidades poco formales, y que la batalla le fuera presentada más hacia el interior, en las lomas de Corral Falso, donde tenía vasto campo para obrar nuestra caballería, donde Taylor se vería en necesidad de formar sus columnas de ataque á la vista y sufriendo desde gran distancia el fuego de nuestra artillería; y donde, en último resultado, quedarían aseguradas la retirada de nuestro ejército y la salvación del material de guerra.

Mucho insistió Robles sobre la inconveniencia de sostener una batalla defensiva en Cerro Gordo, á cuya justa actitud se adhirió el general Canalizo; pero Santa Ana, en su fatal orgullo, no queriendo nunca desistir de sus primeras disposiciones, hizo prevalecer la suya, ordenando que al punto se ejecutaran las obras de defensa en la línea que forman las alturas de la derecha del camino de Veracruz y las del Telégrafo y el Atalaya. Y lo peor fué que, el vanidoso general, habiendo llegado el 9 de abril á la posición, se fijó muy especialmente en la fortificación de las eminencias de la derecha, que eran las que menos necesitaban ser atrincheradas.

Mientras tanto, las tropas iban llegando, hasta el día 12 en que el ejército quedó acampado en forma, tras de su línea de fortificaciones, que se extendía en más de un cuarto de legua.

Robles esbozó un parapeto que bordeaba los extremos de los tres ramales que hay al costado derecho del camino, marcando la línea en que pudieran ser de

efecto nuestros fuegos; sobre aquel mismo se instaló una fuerte batería á la falda del cerro del Telégrafo, uniendo las posiciones de ambos flancos por medio de un camino cubierto. Sobre la cima de aquel cerro, habiéndose talado los árboles que la coronaban, se situó otra batería de cuatro piezas de á 4, sostenida por escasas fuerzas de infantería.

Cerca de 9 000 hombres, con cuarenta piezas de artillería y muy pocos trenes improvisados, constituyeron el ejército que iba á resistir al del general Scott, disponiéndose aquéllos, por orden de Santa Ana, en esta forma, según sus mismos partes: en la última posición de la derecha, el *batallón de Atlixco* y *5º de Infantería*, que componían una fuerza de quinientos y tantos hombres con siete piezas de artillería; en el centro de la misma derecha el batallón de la « Libertad » con 400 hombres; y el batallón de Zacapoaxtla con 300, y 8 piezas, habiendo también en la primera de las mismas posiciones 250 nacionales de Jalapa, Coatepec y Teziutlán, con 9 piezas de artillería. El campo llamado de Matamoros, situado en los dos últimos puntos de la derecha y el primero de la misma, fué guarnecido por el batallón de Matamoros y Tepeaca con 450 hombres y una pieza de á 8 con su dotación correspondiente. Apoyando la batería del camino, hallábase el 6º de infantería con 900, sirviéndole también de reserva el batallón de Granaderos con 460. Sobre la izquierda, en la cima del Telégrafo, sosteniendo su batería, sólo hubo 100 hombres del 3º batallón.

El resto del ejército, con excepción de la caballería que permaneció en Corral Falso hasta el 15, se situó como reserva general, á uno y otro lado del camino,

en la ranchería de Cerro Gordo, á retaguardia de la izquierda de la línea de batalla. El Cuartel General acampó á ambos lados de la vía, quedando á su retaguardia parte de la caballería y los Cuerpos Ligeros.

Á tres cuartos de legua de distancia de la derecha de nuestro frente, acampó el enemigo, principiando sus reconocimientos, á tiro de cañón.

El general Santa Ana recorría á caballo todos los días la línea de batalla, ocupándose minuciosamente de los más nimios detalles, en la construcción de las fortificaciones, las barracas para la tropa y las talas de bosques. Siempre lo caracterizó el defecto de ocuparse él por sí mismo de particularidades militares que absorbían toda su atención, descendiendo á estudios y observaciones que debían estar encomendados á jefes inferiores y no á su alto puesto de general director de la campaña, cuyo plan descuidaba.

Regresaba de aquellas tareas al caer la noche, acompañado de brillante y numeroso Estado Mayor y de selecta comitiva de jefes y amigos particulares que formaban su corte y le adulaban.

Se vanagloriaba ante éstos, dice un testigo de aquellos acontecimientos, de haber detenido la marcha triunfal del enemigo; y, halagado por su fortuna, que abandonándolo un instante el año de 1844, le había vuelto á sonreír desde su llegada á la República en 1846, se entregaba á ilusiones fatales, que originaron quizá sus faltas de previsión. Enteramente fascinado, despreciaba aún la voz de la ciencia, exigía la humillación de los que lo rodeaban, y era inaccesible á la razón. Falto de entereza, también, algunos de nuestros jefes, se limitaban á censurar su conducta en corrillos,

sin tener toda la energía necesaria para disuadirlo de sus errores. Nosotros oímos á alguno envanecerse, — agrega el citado testigo — después de que había recorrido nuestra línea por la primera vez, de haber observado defectos importantes en la combinación general de la defensa, que sólo exponía entre sus amigos, presagiando una desgracia inevitable.

El enemigo permanecía acampado frente á nuestras posiciones, sin emprender el ataque tan deseado por nuestro ejército, que se cansaba delante de aquella perspectiva de victoria ó de muerte. Sus sufrimientos hacían más violenta su situación, y aumentaban más y más su ansiedad por el combate.

Habiéndose incorporado el día 15 la caballería, compuesta de los regimientos 5º, 9º, Morelia y Coraceros, y los escuadrones de Jalapa, Húsares, Chalchicomula y Orizaba, el general en jefe hizo que toda ella al mando del general Canalizo, emprendiera un formal reconocimiento sobre la izquierda del enemigo, — pues había una ignorancia punible respecto de la situación y número de sus fuerzas, — debiendo para ello dar un gran rodeo por la espalda de los cerros de nuestra derecha, bajando por la escabrosa y profunda barranca del cerro del Plan; ascendiendo luego á la cumbre de otro cerro, desde donde podría bajar dicha caballería sobre las posiciones de la izquierda, ó de la retaguardia americana.

Esta tentativa fué descabellada é infructuosa: más aún, pudo haber sido peligrosísima, pues á nadie se hubiera ocurrido lanzar una tan respetable masa de caballería por abruptos peñascales, por entre veredas que serpentean casi á pico sobre el abismo, sin haber primero explorado el camino que habría de recorrer.

Así fué que al entrar la noche regresó quebrantada y fatigadísima la caballería y habiendo perdido algunos dragones que con todo y caballo se despeñaron en los precipicios sin haber logrado llegar á las inmediaciones del campamento de Taylor.

El 17, á medio día, notó el jefe de la fuerza establecida en la cima del cerro del Telégrafo, que una considerable columna americana se aproximaba al de la Atalaya. Inmediatamente bajaron algunas secciones nuestras á batirla, en tanto que un batallón se aprestaba á sostener aquel movimiento. Se trabó un combate á fuego nutrido, llegando refuerzos á cada uno de los combatientes, por su parte, generalizándose la acción ante la falda del cerro del Telégrafo. El enemigo concentró sus mayores fuerzas sobre la extrema izquierda mexicana, la que hubiera rebasado si no acude inmediatamente á impedirlo el 4º de línea, encarnizándose la lucha en aquel flanco. Momentos después, otra columna americana avanzó á paso de carga sobre la derecha del cerro, con la intención de envolverlo; pero oportunamente acudió en defensa el 6º de infantería, que tendiéndose en línea desplegada, flanqueó con sus fuegos la columna asaltante que hizo alto y contestó con las descargas de sus bravos rifles.

Santa Ana presenciaba desde lo alto del cerro del Telégrafo aquel combate de fusilería animando á sus tropas, mientras la batería de la cumbre, bien dirigida, causaba estragos en las lejanas columnas enemigas.

La refriega duró cerca de cuatro horas, con éxito vario, habiendo logrado avanzar los americanos bastante hacia nuestra izquierda; pero teniendo que retroceder luego, lo mismo que las demás columnas, á sus primeras posiciones, aunque habiendo logrado la gran

ventaja de instalar una batería en el Atalaya que flanqueaba al Telégrafo. Recuérdese que Santa Ana se obstinó tercamente en no fortificar aquel, desguarneciéndolo así su izquierda — que era por donde debía ser y fué envuelto, contra las indicaciones y protestas del jefe de ingenieros.

Inmenso entusiasmo, alegría patriótica causó en todo nuestro ejército aquel triunfo que celebraron jubilosamente las dianas. ¡Y todavía esa noche soñaron todos en una victoria espléndida para el día siguiente!

El plan del general Scott para forzar nuestras posiciones y destruirnos, está concentrado en estas líneas de su parte oficial al Gobierno americano :

« Habiendo yo resuelto, si era posible, flanquear la izquierda del enemigo y atacarle por la retaguardia, mientras amenazaba ó atacaba su frente, mandé que se hicieran diariamente reconocimientos, con la mira de hallar sendero ó paso para que una fuerza nuestra desembocara sobre el camino de Jalapa y cortara la retirada.

« El reconocimiento, comenzado por el teniente Beauregard, fué continuado por el capitán Lee, ambos del cuerpo de ingenieros; y se abrió un camino á través de escarpas y oquedades, fuera de la vista del enemigo, aunque al alcance de sus fuegos luego que nos descubriera; hasta que, llegando á las líneas mexicanas, no fué ya posible avanzar en el reconocimiento sin combatir. El deseado punto de desembocadura, ó sea el camino de Jalapa, no pudo, de consiguiente, ser alcanzado, aunque se creyó que ya quedaría á corta y fácil distancia; y para ganar dicho punto vino á ser necesario tomar la altura de Cerro Gordo. »